CAPÍTULO XXXI.

ROMA.

EL PALACIO VATICANO.

II

DIFÍCIL me sería conducir al lector por entre tantas salas y galerías inmensas como cuenta el gran Museo del Vaticano; tarea, por otra parte fatigosa é imposible de llevar á cabo, y mucho menos por medio de mi pobre pluma y de mi exigua cosecha literaria.

Aquel mundo abrumador de pinturas y de bustos y de estatuas y de lápidas, no se recorre en un día: hanse menester lo menos quince para adquirir cabal idea de la colocación de los ejemplares más famosos, aunque no para emprender estudio prolijo y detenido.

El selecto y espléndido Museo objeto del capítulo presente, puede dividirse en tres grandes fracciones esenciales: museo de escultura, de pintura y de antigüedades. Quedan comprendidas en la primera división, las colecciones escultóricas que en distintos pisos muéstranse, formadas ya de piezas recogidas en el propio suelo italiano, ya con las procedentes de otros países; unas, ya de remotos tiempos, labradas en pentélico mármol; otras, ya modernas, como las que han salido,

por ejemplo, de las manos de Canova. Inclúyense en la segunda fracción los cuadros todos, asimismo antiguos y recientes, y aun los mismos frescos que en las *logias* de Rafael se admiran. Por último, agrúpanse en la postrera división las ricas colecciones que forman los museos de antigüedades cristianas, etruscas, egipcias, asirias y romanas, dejándonos por ahora en el tintero otras dependencias, como la biblioteca, los gabinetes de medallas, etc.

La abundancia de los ejemplares, lo selecto de ellos, imprime al Vaticano un sello de interés muy grande, colocándole, en su línea, en uno de los más altos lugares en el mundo. Puede, sin embargo, y por lo que ya hemos visto, citarse también en primer término, como museo de pinturas, el magnífico y celebradísimo del Prado de Madrid, acerca del cual ya he hablado en capítulo aparte.

Lo que en realidad asombra en el Vaticano es la riqueza de la exornación con lo escogido de las colecciones. Los Papas han hecho bien: ni han descuidado el ornato por la adquisición de ejemplares más ó menos costosos, ni éstos han dejado de entrar al Vaticano por el lujo de los artesonados y los pavimentos de mosaico; para todo alcanza y en todo está fija la mente de los sucesores de San Pedro, que han reunido dentro de los muros de su Palacio las estupendas maravillas del arte, que se contemplan siempre con yo no sé qué respetuosa admiración.

Aquellos girones arrancados del manto de mármol de la Grecia antigua: aquellos césares inertes "sin pupila," aquellos dioses destronados que descendieron de su Olimpo para hundir su frente en el polvo de las ruinas desoladas: esos sarcófagos de piedra, ahora vacíos, dispersas sus cenizas y con inscripciones borrosas; todo, en fin, puede contemplarse allí, bajo los techos decorados por los grandes maestros, entre las paredes forradas de mármoles brillantes y los pavimentos de bello lapizlázuli.

No necesitamos recorrer las páginas del libro de la Histo-

ria: los personajes míranse de bulto en las extensas salas vaticanas, sobre sus elegantes pedestales, mudos, imponentes, fríos; desfilamos ante ellos, y parece cada uno animar sus marmóreos labios y contarnos su pasado. La estatuaria antigua con su mágico cincel animó las piedras y dió vida á sus figuras; los artistas modernos han alcanzado en parte el privilegio que tuvieron los que se afanaron en pulir ese Laocoonte admirable entre todo lo más digno de alabanza y de asombro, ó ese Apolo gentil del Belvedere, en cuyo pecho de mármol parece latir el corazón. Reprodúcense á cada instante las escenas de la turbulenta Roma, á la sola vista de tales ejemplares; los bustos ó las estatuas mismas de César y Pompeyo, de Octavio y de Tiberio, de Claudio y de Nerón, al lado de las de Mesalina, de Octavia y de Agripina, detienen á menudo al visitante, aun al medianamente ilustrado y le sumergen en profundas reflexiones. ¡Cuán grande es la influencia de lo real y de lo auténtico! ¡Cuán distinto es tener en las manos la más exacta fotografía del Coliseo, á tentar las mismas piedras, ó pisar sobre el terreno de la arena misma, que tantas veces hubo empapádose en la sangre humeante!

Pero no adelantemos semejantes ideas, que tiempo habrá de dar rienda suelta al pensamiento.

He dicho precedentemente, que el Palacio Pontificio, que es donde se hallan instalados los museos, consta de varios pisos: en uno de ellos encuéntranse, en general, las obras escultóricas y la vastísima biblioteca, y en los superiores las pinturas, siendo más abundantes las primeras que los cuadros. En lo que podemos llamar planta baja, están, pues: la Galería lapidaria y el museo Chiaramonti (ala oriental), el patio octagonal del Belvedere, y adyacentes el museo egipcio, el etrusco, la galería de las estatuas, la sala de los animales, de las Musas, la Redonda y otras varias (ala septentrional). En los pisos superiores, nuevas instalaciones de pintura, de estatuaria y de antigüedades.

Rápidamente comencemos por la interesantísima *Galería lapidaria* que cierra al Oriente el patio cuadrangular del Belvedere, y que nos hallamos inmediatamente después de haber cruzado el de San Dámaso.

La Galería se ha instalado en un inmenso corredor de unos 300 metros de longitud, construído por Bramante en los comienzos del siglo XVI. Desde Clemente XIV en adelante, los Papas han ido enriqueciendo con valiosos ejemplares este departamento histórico; que han tenido á su cargo, ya para su conservación, ya para su estudio eminentes epigrafistas. Consiste dicha galería en una magnífica colección de lápidas auténticas, con inscripciones, empotradas en el paramento de los muros, y otros ejemplares como sarcófagos de piedra, bajos relieves, etc., que prestan interés á los asuntos epigráficos.

Las lápidas aparecen todas clasificadas sistemáticamente, agrupándose en dos grandes secciones: lápidas que pertenecen al paganismo en general, y lápidas cristianas. Entre el género de las primeras, enuméranse las que contienen leyendas sagradas, imperiales, consulares, particulares, votivas y conmemorativas de todo género y sepulcrales. Todas proceden de templos, edificios, monumentos, tumbas, etc., de la época ya anterior al Imperio romano, ya de estos tiempos; y la lengua empleada generalmente es la latina. Los epígrafes cristianos proceden en su mayor parte de las catacumbas y de los cementerios; el idioma que primero se adoptó fué el griego, y más tarde el latín; las lápidas son interesantísimas: en ellas campea la sencillez de que carecen las largas y pomposas inscripciones paganas; y muchas veces con sólo símbolos se ven expresadas las ideas, ya de la otra vida, ya del carácter, empleo y aun edad de la persona á quien tal lápida se consagraba para sellar su huesa; pues que en casi su totalidad son sepulcrales.

A menudo déjase ver esculpido el monograma de Cristo X P; el pescado, símbolo del Salvador (tomado de las iniciales griegas IXZUS, pescado, cada una de las cuales iniciales da principio, en griego también, á los vocablos: *Jesús Cristo*,

Hijo de Dios Salvador); las apocalípticas *alpha* y *omega* de la vida, trayendo siempre á la memoria el principio y el fin de esta fugaz existencia, y otra multitud de emblemas muy curiosos é importantes.

Tales leyendas y símbolos y emblemas, son material abundante para el filósofo, para el historiador y el anticuario: en aquella ordenada colección de indudables documentos, estúdianse los usos, las costumbres, la civilización de quienes esculpieron para siempre en esas páginas vivas tales inscripciones; y aun el carácter mismo de la época, reflejado en la escritura, en el idioma, en esos jeroglíficos simplísimos de los primeros cristianos, tan llenos de candor y de piedad.

Tan majestuosa y tan interesante es esta Galería, que, á mi modo de ver, y sin temor de equivocarme, puede conceptuarse como la primera del mundo: su aspecto general es el de una imponente necrópoli, á la cual el sabio arqueólogo Massi, le ha dado el nombre acertadísimo de *La Via Appia del Vaticano.*

No tenemos en México idea de una cosa semejante; y aun cuando nuestros elementos son infinitamente más pequeños, podríamos muy bien y poco á poco fundar una Galería lapidaria en nuestro Museo Nacional: es tanto más interesante y necesario hacerlo, cuanto que á diario vemos que desaparecen leyendas curiosas en manos de la destrucción y la ignorancia. Puestos tales documentos al abrigo de las injurias del tiempo y de los hombres, conservaríamos, como tesoros muy valiosos, la historia de los templos, de los edificios, de los monumentos donde hubieren estado colocados. Esta clase de estudios, hasta hace poco tiempo emprendidos en México, son indispensables auxiliares de nuestra historia, y así lo comprendí una vez más al recorrer la vasta sala del Palacio Vaticano, objeto de estos ligeros conceptos. ¡Ojalá que podamos, en verdad, llevar á cabo en nuestro Museo la idea que me ha sido grato haber comunicado ya al señor Director interino de aquel Establecimiento!

Después de detenernos algún tiempo en la galería de que he hablado, pasamos á visitar los departamentos de escultura, principiando por el llamado Museo Chiaramonti, al cual dió su nombre el Papa Pío VII, que fué el ilustre fundador. Hállase esta gran Galería á continuación de la *lapidaria*, separadas ambas por una reja de hierro y unas cortinas. En este lugar dejamos nuestros bastones, costumbre que se tiene en los museos de Europa al penetrar á las salas, y que deberíamos de adoptar en los nuestros por varias razones económicas: además, con el objeto de contar el número de visitantes, en las entradas se encuentran tornos que marcan una cifra en cada revolución producida por la persona que entra en dichos tornos. Por otra parte, en esos establecimientos se tiene la ventaja inmensa de poseer á poco precio catálogos minuciosos de las diversas salas; y además de obtener colecciones fotográficas completas de los ejemplares más notables y que llaman siempre, por su fama, la atención de los viajeros.

Entraré de lleno en las galerías de escultura, de pintura y de antigüedades en el capítulo siguiente; que es ya extenso, para tal propósito, el presente.